

Luis Manzano, un Tenorio con escopeta, refirió de esta manera una noche en el casino, lo que le había sucedido en una de sus frecuentes excursiones venatorias:

«—¡Verán ustedes qué ariscas y qué súbitas las mozas del Espinar!

Un bando de perdices que mi perro venteó en un jaralillo raquítico y abrasado del cerro de la Lobata, me hizo trasponer los linderos de los campos de mi pueblo y meterme en los rastrojos del Espinar, que a las once de la mañana de aquel día de calor senegalino se tostaban a fuego manso bajo un cielo todo lumbre.

Ni un árbol, ni una mata, ni una gotita de agua, ni una ráfaga de brisa...

Abrojos, cantos redondos candentes, pajas de rastrojo como púas de rastrillo, vahos de horno, luz cegadora, calma de muerte...

Y las dichosas perdices me llevaron todavía más allá de los rastrojos, a los eriales, a los áridos baldíos, que estaban grises, que estaban solos y muertos.

Era un terreno ondulado con una monotonía desesperante. Andar, andar y siempre lo mismo; la cuestecilla pizarrosa de la subida, el descarnado espinazo de la cumbre, la cuesta del otro lado, la hondonada de ambiente enrarecido, y luego, otra cuesta, y otra cima, y otra bajada a otro hoyo...

Todas las cosas eran gemelas; ni una esperanza en lo bajo, ni una sorpresa en las cumbres. El terreno no tenía otra cosa que alguna retama pobre, de hilos sin sombra y encaramada en sus puntas alguna cigarra verde con las antenas inmóviles y el abdomen reluciente aguantando el fuego lento de aquel sol que llenaba todo el cielo.

¡Dios mío, qué desolación! ¡Y qué sed y qué fatiga; sobre todo, qué sed horrible de calentura me estaba martirizando! Soñaba despierto con cristalinos charquillos protegidos por capas de verde limo que velaban el tesoro regalado, fuentejillas rodeadas de agavanzos y zarzales, regatos de aguas trenzadas y frías que rodaban habladoras

moviendo algas, regando berros y pamplinas, lamiendo arena menuda y lavando pedernales...

¡Oh, qué delicia tenderse de bruces a la orilla, hundir los ardientes labios en los cristales purísimos y beber, beber con deleite, mientras los ojos abiertos, que también beben frescura, contemplan el rodar manso de las arenas del fondo, el merodeo del insecto que vaga por los senos de las aguas, soterrando con rapidez la cabecilla en el hondón o subiendo de repente hasta tocar con sus antenas minúsculas la riente superficie para volver instantáneo, rectilíneo, cabeza abajo, hasta tocar otra vez las arenillas lavoteadas por los besos de la linfa!...

Y luego, levantar un momento la cabeza, respirar y caer otra vez sobre el deleite a beber más agua fría, saboreándola ya sin los atragantos de la urgencia, porque el incendio se va extinguendo y la sangre va llevando ya oleadas de frescura por el cuerpo.

Y después, incorporarse pesadamente, borracho de agua, y caer en una sombra de encina con la dulce borrachera de la hartura del sediento, que es más dulce y regalada, que es más limpia, que es más bella que la soez borrachera del vinazo, grosera y puerca, con hipos mal olientes de animal enfermo y marcos de estupidez con vislumbres escasos de canallescios atisbos de baja estofa. ¡Qué asco! Pero lo otro, ¡qué rico!

Este era el sueño o el delirio de mi sed de calentura en aquellas lomas áridas y ardientes, donde sólo un cazador tan cazador como yo resistiría aquel tormento dantesco, sin otra compensación que el placer de dejar una perdiz muerta en los aires.

Cuatro llevaba yo colgadas a la espalda y mi querido pachón caminaba ya rendido y jadeando de angustia, roja bocaza abierta que parecía un gran estuche forrado en su interior de terciopelo granate, la lengua fuera, los labiazos... arregazados, sin baba, sin jugo, amenazado de asfixia. Y todavía al pasar a medio trote junto a una retama mísera le hirió el viento de repente, dio un respingo de costado y se me quedó de muestra, inmóvil, como una estatua, con una mano levantada, vuelta hacia la retamilla la inteligente cabezota, sin parpadear los sanguinolentos ojos que miraban con fuego de fiebre y parecían emanar efluvios magnéticos misteriosos...

—¡Entra, Limón!

Y al arrojarse el perrazo de cabeza en la retama, estuvo a punto de estrangular con sus zarpas vigorosas una perdiz que salió como una flecha, repinando, cacareando escandalosamente con el cacareo del pánico.

¡Qué tiro tan delicioso, qué convulsión la del pájaro en el aire y qué caer pico abajo, perpendicular y rápido con las plumas ahuecadas y las formas descompuestas!

—¡Limón, Limón, basta ya! Vámonos a beber al Espinar, que está mucho más cerca que nuestro pueblo.

Y colgada la perdiz, y colgada la escopeta, emprendimos la marcha hacia el Espinar, camino adelante, el perro al trote, azotando con las manazas el polvo, y yo soñando con casitas limpias y frescas, con patios húmedos y con jarras de rojo barro poroso puestas en ringla en la cantarrera de pino blanco acabado de fregar.

Encontramos el oasis antes de llegar a la aldea, pero ya muy cerca de ella.

Un álamo secular, verde y pomposo, y debajo de sus ramas la fuente grande del lugar; agua rica, sombra fresca y una moza guapa que estaba llenando el cántaro.

El Limón se zambulló en el próximo pantano y yo me fui a la muchacha; le saludé y contestó recelosa:

—Conque vamos, muchachita, a ver cuánta agua me das.

—Velay tiene usted el cántaro pa que se espachi a su gusto —me contestó aquella Hebe sin zapatos y con moño de picaporte.

Y me despaché a mi gusto. Mientras bebía me dijo el diablo al oído la mar de barbaridades y me hizo pensar... en un rato delicioso, a la sombra de aquel álamo, fumando y charlotteando con aquella buena moza. Pero tuve la desdichada ocurrencia de decirla cuando acabé de beber:

—¡Dios te lo pague, Rebeca!

Y nunca lo hubiese dicho.

—Pues mire usted, güen hombri; si sé que después de jartarlo de agua, que paeci que venía usted espaletao de puro rendío a bebela, lo agracci poniéndole motis a la genti, hubiera usted bebío abruzao; ¿oye usted? Porque yo le doy con el cántaro en el jocico; ¿oye usted?

—Pero escucha, buena moza, si eso que te he dicho yo...

—Quite usted pallá, esagraecío, insultaol...

—¡Eh!, deja el cántaro, rosa, no te me vayas así...

Y el demonio me dijo que la cogiera una mano, que se me iba a escapar...

Le obedecí y... la moza guapa dio un chillido de dolor como si la hubiese picado alguna víbora, y de un brinco se me puso a cuatro pasos y echó a correr como una corza hacia el pueblo. Yo la seguí unos momentos, pero ¿quién le daba alcance a la Sussana descalza? Y mirando

como una babieca aquel correr saladísimo y rápido de perdiz, me dije desconsolado:

—¡Qué torpe soy! ¡Buen paso lleva para cobrarla!... ¡Va herida de ala...! ¡Va herida de ala...!»